



PRIMER ESPAÑOL EN MOTO QUE LLEGA AQUÍ

# El primero de Filipinas

**El barco que ha de llevarme de Borneo a Filipinas es un paquebote añoso y tétrico. En el edificio de inmigración me informan de que viajaré con setenta deportados filipinos que previamente han pasado en la cárcel 3 ó 4 meses...**

@MIQUELSILVESTRE M. SILVESTRE

Esta línea marítima apenas carga mercancías ni pasajeros ordinarios. Es un barco prisión. Acarrea por módico precio a los inmigrantes ilegales y pequeños delincuentes filipinos que Malasia no quiere en su territorio. Y quizá sea eso lo que hace rentable para la compañía naviera mantener con vida este decrepito cascarón. Nadie los controla. Oficialmente son libres.

Me recibe una multitud apiñada en las tres cubiertas. El aspecto es de hacinamiento, de ratonera, de cuchitril infecto. No hay rampa de acceso. En el lateral se sitúa una pequeña escotilla. Traen una rampa de madera de cincuenta centímetros de ancho. Tengo que subir por ella, y una vez en el quicio de la apertura, girar la moto para colocarla en un toro mecánico que la bajará sobre un palet. Es la operación más complicada y salvaje que he tenido que hacer nunca.

Hace un calor horrible, la bodega es un horno, pero no me puedo ir hasta comprobar que estos rufianes no me van a robar hasta el último tornillo. Esta vigilancia constante me angustia. Sé que esperan un descuido, un fallo, para jugármela. Subo a cubierta. Encuentro al capitán. Un hombre barrigudo y calmado en camiseta sin mangas. Debe superar los sesenta años y no es ningún héroe. Le explico que necesito la cabina y asiente.

—Esa gente es peligrosa— dice.

El mar se incendia al anochecer con unos tonos dorados tan intensos como jamás los he visto antes. La superficie está calma y el casco arranca borbotones de espuma mientras los peces voladores saltan a nuestro paso. Intento matar el tiempo charlando con la tripulación; me interesa escuchar un fósil lingüístico, el chavacano, un idioma criollo y mestizo que mezcla palabras de castellano antiguo y lenguas indígenas. Se habla en Mindanao. Suena como un español hablado por Tarzán: “El hombre está bueno”, para decir

que uno se encuentra bien. Haber podido grabar algunas palabras de esta antigualla es también uno de los preciados tesoros que he conseguido en este viaje.

Al atardecer del segundo día arribamos en el puerto de Zamboanga. Nada más pisar tierra me veo rodeado de curiosos. Antes de entrar en el edificio de inmigración pregunto a unos soldados armados hasta los dientes. Me dicen que ni se me ocurra viajar por carretera, que no es seguro.

## Pobreza

Circular por Zamboanga me depara impresiones terribles. Una gran pobreza se advierte allá donde se mire. Chicos jóvenes, niños, viejos sin futuro, esperanza ni trabajo. Es todavía peor que en India. Duermen en la calle, tirados de cualquier manera. Esto no me gusta. Esta miseria no la había visto en ningún país de Asia. Resulta obscena.



El puente de San Juanico, uno de los muchos puentes que cruzaré aquí.



*Una divertida carretera de curvas -abierta sólo a motos y coches- atraviesa el Parque Natural de Quezon.*

## Antes de subir las escalerillas, me vuelven a cachear y al dar el ticket toman una foto de cada pasajero. La seguridad es una gran preocupación en Filipinas, país sometido al terrorismo

Voy al paseo del Mar, al lado del Fuerte Pilar y de la Iglesia del mismo nombre. Son restos del pasado español. El paseo es un pequeño parque muy populoso. Al fondo se ven las luces de la cercanísima isla de Basilán. Allí es donde reinan los rebeldes y se cortan las cabezas. Para entrar en el parque hay una cola considerable para entrar debido al control de seguridad. Registran a los visitantes para que no introduzcan armas de fuego. Un amable cartel les pide por favor que las depositen en la consigna.

El lunes voy a la oficina de Superferries. Prometen que podré viajar mañana a Cebú en un trayecto de 17 horas. Pero antes tengo que ir a la policía de tráfico a que sellen la documentación de mi moto. Recorro la ciudad en un triciclo motorizado. El aspecto de la población es deplorable. Pobreza, falta de esperanza, ambiente de Fuerte Apache con gente obligada a permanecer aquí sin poder irse.

La triste oficina de policía está llena de polvo, de mugre, de papeles viejos y de desinterés. Sellan de modo automático cuatro copias de mi permiso de circulación. Con ellas en mi poder,

acudo a la oficina de carga de la naviera. Valoro la moto en 100 dólares para que el coste sea lo más barato posible y consigo el Bill of Landing.

La tristeza se apodera de mí. Tanta miseria como llevo vista desde que salí de viaje está pudiendo conmigo. Sé que el mundo es pobre en su mayor parte, pero mi estómago a veces se revuelve contra este menú diario de sordidez. Siento que necesito un poco de aire puro.

### Efeméride

El ferry es un barco enorme, moderno y confortable. Un empleado de seguridad cachea a los trabajadores del puerto antes de dejarlos subir. Otro policía, acompañado de un perro, examina mi equipaje, si bien sin mucha diligencia; llevo demasiados trastos y además soy un extranjero blanco, así que es poco probable que vaya a poner una bomba. Antes de subir las escalerillas, me vuelven a cachear y al dar el ticket toman una foto de cada pasajero. La seguridad es una gran preocupación en Filipinas, país sometido al terrorismo más allá de los límites de Mindanao.

Amanezco en mi camarata junto a cincuenta personas más. Ya estoy en el puerto. Está brumoso y feo. Desembarco y recorro la distancia hasta la isla de Mactán, a la que se accede por un largo puente. Voy hacia Lapu Lapu. La carretera es estrecha, flanqueada de palmeras y de pobres viviendas de una planta. Hombres en camiseta sin nada que hacer observan mi paso.

El monumento a Magallanes está situado en un pequeño parque vallado donde venden souvenirs y mazorcas de maíz a la brasa. Al entrar en el recinto, un torrente de emociones me



*El viaje hasta Filipinas lo hago a bordo de un cascarón abarrotado de pasajeros.*



*No hay rampa para la moto; es lo peor que he hecho en mi vida.*

inunda de pronto. Lo he conseguido. Ahora me doy cuenta. He alcanzado Filipinas en moto y soy el primero en lograrlo. Resulta casi increíble el camino recorrido hasta ahora para llegar aquí. ¿De verdad lo he hecho? ¿Es cierto que he cruzado Europa, África, India, Nepal y Asia? ¿Realmente estoy delante del recuerdo de Fernando de Magallanes?

### Al norte

Dejé atrás Catbalogan y me dirigí hacia el norte de Leyte. En Allen zarpan los ferrys hacia Luzón. El puerto estaba tomado por una pequeña turba de chiquillos. Subían a bordo y se lanzaban al agua desde cubierta. El horizonte verdísimo de palmeras y azul del mar les hacía de perfecto marco a su insensata libertad. Sin escolarizar, muy delgados y morenos, pero haciéndose adultos demasiado deprisa, sin un futuro claro.

Todos los asientos estaban ocupados. Me senté en el suelo y el cansancio se apoderó de mí. Me quedaba todavía una hora y media hasta cruzar el estrecho de San Bernardino. Me tumbé cuan largo soy sobre la dura plancha de hierro, cerré las cremalleras de los bolsillos de pantalón para evitar hurtos, apoyé la cabeza en la bolsa y me quedé profundamente dormido.

El ferry atracó en Luzón. Subí hacia el norte. Encontré muchísimos sidecares, verdadera institución del transporte colectivo. Una moto pequeña, una gran carrocería y un montón de gente. No hay más límites que los de la física, tantos como quepan, tantos suben. En una pequeña aldea llamada San Miguel vi un edificio sólido y macizo. Una construcción mo-

## Circular por Zamboanga me depara impresiones terribles. Una gran pobreza se advierte allá donde se mire. Chicos jóvenes, niños, viejos sin futuro, esperanza ni trabajo. Es todavía peor que en India

derna pero de aspecto castellano. O al menos de lo que en Filipinas se puede considerar castellano. Pensión Casa de Piedra. La habitación limpia y con una buena cama. Había un restaurante un poco más allá. En la casa trabajaban cuatro mujeres. La encargada, hija de la dueña, dos sobrinas de 17 años y una camarera de 24. Me convertí en la estrella de la noche. Todas me atendían solícitas, encantadas de tener a un Joe, porque aquí soy un Joe. He dejado de ser un mister. Joe era como llamaban a los soldados americanos. Los blancos somos todos joes. Así me saludan por la calle. “Ey, Joe”. Y yo les respondo igual. “Ey, Joe”. Y todos reímos y nos lo pasamos bien.

Manila estaba lejos. A más de 450 kilómetros. Diez horas, me advirtieron. Y no mentían. El tráfico y las obras hicieron el camino interminable. Hasta que se produjo el milagro. Una autopista. Una autopista de verdad, con sus dos carriles y sus peajes. A 100 por hora me lancé hacia el centro de la ciudad. En realidad son varias ciudades apiñadas en torno a



*Manila es una gran capital de negocios que nada tiene que ver con el resto de la isla, donde reina la pobreza.*

la bahía y al pequeño enclave de intramuros. Cuando entré en la zona amurallada lo vi como un símbolo: el monumento al 400 aniversario de la expedición de Legazpi en 1564.

Miguel López de Legazpi no era marino cuando recibió la encomienda del virrey para colonizar Filipinas. Hidalgo segundón, estudió para letrado, se hizo notario en Guipúzcoa y para prosperar se marchó a América.

Allí siguió escalando en su carrera como alto funcionario hasta enriquecerse y ser alcalde mayor de Ciudad de México. Tenía casa, hacienda, familia y la vida más que resuelta. Podía haberse negado. ¿Por qué no lo hizo? ¿Qué pintaba en semejante aventura? Vendió todo y de su propio dinero armó una flota en la que reclutó a sus familiares. El oscuro burócrata arriesgó cuanto tenía en pos de un sueño.

Su viaje fue un éxito. Pacificó las islas, firmó tratados y fundó Manila. Pero la vida es eso que te pasa mientras planeas otras cosas, y Miguel López de Legazpi murió arruinado en Manila en 1572 sin saber que Felipe II le había nombrado gobernador vitalicio de Filipinas con una jugosa renta.

**Monumento a Magallanes en Cebú, cerca de la Basilica Minore del Santo Niño.**



## En Mindanao se habla una mezcla de castellano antiguo e indígena, el chavacano

### Manila

Es ahora mismo, bajo este horrible calor tropical, cuando por fin me doy cuenta de que es mi primer día en Manila y que estoy corriendo sobre la fortificación de la vieja ciudad. De las murallas hacia dentro es intramuros, donde está la catedral o la iglesia de los Agustinos.

Observo los inútiles cañones asomados a las almenas, los rascacielos de Makati City, la torre del reloj del ayuntamiento, la muchachada que va apareciendo para asistir a clase en la Universidad, el anómalo campo de golf a la vera de las murallas. Contemplo este paisaje por primera vez.

A Villalobos se le debe dar el nombre de islas Filipinas en honor al entonces príncipe, el futuro Felipe II. Pero la expedición fue un fracaso debido a que, aunque lo intentaron repetidamente, no encontraron el camino de regreso. Como moscas contra una ventana, las corrientes y los vientos adversos los devolvían al punto de partida. Acosado por los nativos hostiles se dirigió a las Molucas. Allí los portugueses lo encarcelaron. Murió en prisión. Su confesor fue el jesuita Francisco de Jasso, quien sería luego fuera canonizado como San Francisco Javier, el explorador olvidado que visité en Goa.

*En Zamboanga voy a visitar la iglesia del Pilar, en Fort Pilar, cerca del paseo del Mar. Es una iglesia sin techo.*



### INFORMACIÓN ÚTIL

#### Requisitos entrada

**Moto:** 'Carne du passage' expedido por el RACE.

**Personales:** Pasaporte con seis meses de vigencia, visado en frontera.

#### Alojamiento

**Zamboanga:** Hotel Lantaka  
0629912033

**Hotel Bayleaf, Intramuros:**  
[www.thebayleaf.com.ph](http://www.thebayleaf.com.ph)